



La Peste Bubónica se hace Carne

En el siglo XIX e inicios del siglo XX, este pueblo, así como todas las comarcas cercanas, fueron diezmadas por epidemias como la fiebre amarilla, la viruela y la peste bubónica, entre otras. Fue ésta última que ocasionó gran mortandad cuando azotó al pueblo recamo, tal era la cantidad de fallecimientos que el municipio apertura apresuradamente un nuevo campo santo para el albergue eterno de las víctimas.

La gente infectada manifestaba signos de fiebre alta e hinchazón de los ganglios y al no recibir tratamiento oportuno, la mayoría moría ante la impotencia de su familia por no poder hacer nada.

En este panorama surge la figura de doña Otilia Guzmán de Tantachuco; anciana que iba de casa en casa buscando los enfermos que día a día crecían como espuma debido a la abundancia de ratas y pulgas que atestaban las calles del pueblo.

Como la situación, antes de mejorar, empeoraba cada día, llegaron de Saña un grupo de gendarmes negros liderados por un tal Velezmoro con la finalidad de combatir radical y violentamente la enfermedad.

Este grupo, una vez que identificaban a los enfermos, les obligaban a tragar cal viva, acelerando su muerte. Los cadáveres eran llevados cerca del Cerro Cerrillos donde procedían quemarlos en enormes piras.

Como el avance de la pandemia se volvía incontrolable, los gendarmes acusaron a la anciana de ser quien propagaba la enfermedad al desplazarse por las calles. Los intentos por atraparla fracasaron; su labor humanitaria era reconocida por los pobladores que en todo momento la protegieron y ocultaron de sus perseguidores.

La labor de doña Otilia no le permitía descansar, de día y de noche atendía a los infectados. Un día, cuando se encontraba a la altura de la quinta El Descanso se encontró con una nube en forma de persona

que se le acercó y le dijo:

¡Ven mañana a la misma hora! para que me señales el camino que debo tomar para salir de este pueblo.

La curandera, al regresar a su casa, le cuenta este extraño suceso a su esposo Martín Tantachuco quien le pide apoyo al Sr. Del Piélagos y entre los tres se pusieron de acuerdo en cómo se encontrarían con la nube.

Al día siguiente doña Otilia se dirigió a la quinta El Descanso, tal como habían quedado. Le seguían de muy cerca su esposo y su ocasional acompañante.

Cuando estos dos últimos se encontraban por el cementerio, hoy Parque Infantil, vieron a un grupo de niños pequeños que iban a su encuentro; Del Piélagos, al darse cuenta que eran duendes, empezó a lanzarles improperios para alejarlos, pero estas criaturas respondían con más violencia, los atacaban con piedras provocándoles heridas en la cabeza. Después de tantos intentos, lograron librarse y continuaron siguiendo a doña Otilia, quien ya había llegado al lugar indicado.

Doña Otilia acompañada por una sombra muy grande se dirigían por el camino que conducía al río. Los hombres al acercarse más lograron escuchar que la sombra se presentaba a la curandera diciéndole:

¡Soy la peste y quiero irme de este pueblo! Indícame por dónde puedo salir de este lugar.

Sigue este camino hasta llegar al río, atraviesa el curso de agua y estarás en otra comunidad, le contestó Otilia.

¡Gracias, por haberme guiado! Me voy a otro pueblo. ¡Muchas desgracias y dolor ya les he causado! ¡Encárgate de los enfermos y cúralos con limpieza, Concuno y Hierba Santa!

La sombra terminó de darle el secreto de la cura y fue desapareciendo con dirección al Río, para no regresar hasta que existiera nuevamente las condiciones de su propagación.

Con este encargo y la cura mágica, doña Otilia lavaba las heridas y les ponía emplastos en las úlceras y bubones generando la mejora de los enfermos y el alivio de los hogares visitados por esta pestilencia.

La cura había llegado al pueblo dejando atrás los

momentos difíciles y tratando de sanar las heridas del corazón debido a la pérdida de muchos seres queridos.



Recogido por Miguel Yglesias y Nery Dominguez. Libro Rekpe / Reque : Tres mil años de transformación del espacio costeño en el Norte del Perú. Año 2020.

